

Las voces

Por: Yamil A. Escaffi Guzmán

«Sarina se fue». Ella escuchaba tras la puerta sujetando su falda para que el ruido de la enagua frotándose con la seda no rompiera el silencio de la habitación. Había pensado minutos antes: «Yo jamás me iría». Él estuvo revisando sus libros viejos, descubriendo que sus favoritos estaban ya muy destrozados, con el cuero roto, las esquinas dobladas o las páginas manchadas de tinta y tiempo. «Ya no importan, sin Sarina ya no hay quien los lea».

Dio vueltas por la habitación, no como león enjaulado, más sino como un gato reconociendo su entorno, viendo donde más podía encontrar su ausencia. Miró el cajón casi cerrado del costurero. «No.- pensó.- demasiado pronto, recién acaba de irse». Pero le ahogaban las ganas de abrir completamente el cajón, tirarlo de un solo golpe hasta la pared de enfrente y después ponerse a recoger uno a uno los hilos de Sarina, una a una sus agujas y alfileres que del golpe se habrían desprendido del alfilerero en forma de melocotón.

Ella lo seguía viendo, aun empuñando el pedazo de la seda en su vestido. Lo veía recordarla mientras diseccionaba la habitación. Gritó de repente: «¡Yo jamás me iría!». Él no se inmutó, ni se movió, seguía viendo el costurero y el cajón entreabierto deseando abrirlo más.

« ¡Yo jamás me iría! ». Volvió a gritar Sarina sin recibir respuesta.

Poco a poco fue rompiendo la cuerda que ataba su mirada al costurero y fue dándose la vuelta para observar a aquella presencia. «¿Por qué, Sarina?»- dijo con una voz temblorosa mirando hacia la nada - ¿Por qué? ». Ninguna respuesta.

Bajó la vista, miró su sombra; se acercó a los libros que minutos antes estaba revisando para acomodar uno que no estaba en su lugar y luego fue a apoyarse tras la puerta donde ella lo espiaba. «Aquí detenías tu falda con tu mano». Dijo con un volumen apenas audible incluso para él mismo.

Comenzó a olvidar. «¿Y esto es la soledad?»- ». Preguntó a Sarina y ella parecía resoplar su presencia. Ahora hablaba a través de una espesa nada. «Yo sigo aquí, yo sigo aquí, yo sigo aquí». Empezó a repetir sin parar tratando de que él comprenda. «Cállate, es tu culpa». Y Sarina calló mientras él apoyaba su espalda en la madera de la puerta y se dejaba caer hasta quedar sentado en el suelo.

«Es parte de la soledad». Dijo ella desafiando el silencio impuesto; tenía una voz hueca y húmeda, casi maternal o como un suspiro. «Eres parte de mi soledad». Él ya no miraba de donde venía la voz, apenas y podía seguir hablando con ella. «Lo sé.- dijo Sarina sintiendo compasión por esa imagen de dolor.- cada soledad tiene un alguien que la dejó sola».

«Vuelve, Sarina, vuelve». Habló minutos después dejando escapar toda su penuria. «Yo jamás me iría». Decía ella, sin embargo, mientras lo decía, retrocedía algunos centímetros pero como flotando. «¿Y donde estas? ». Ella detuvo su huida, todavía lograba permanecer en la habitación. «Abre tus ojos.» Le dijo acercándose a él. «Los tengo abiertos». «Abre tus ojos». Volvió a insistir.

En un impulso cómo una estampida, abrió sus ojos abiertos y vio a Sarina delante de él, parada, hermosa, empuñando la misma seda de su falda y con la otra mano intentando acercarse al rostro del hombre que antes no la veía. Él creía estar loco. «Sarina, estoy solo». Y no pudo sino sostener la mano de esa mujer que amaba antes de que se fuera y que ahora tenía que olvidar. «No, cállate, tápiate la boca de plumas». Estaba dolorosa, mirándolo. Él adoraba mirar sus ojos negros, su cintura fina. De a poco, apoyando la espalda contra la puerta, fue subiendo hasta quedar parado y ser más alto que ella; le sostuvo ambas manos. «Mi boca esta cosida desde hace siglos». Tenía un resplandor doliente en los ojos, con su mirada inclinada parecía reconocerla como a una desconocida. «Descósete la memoria, tu boca no está cosida». Su cuerpo se partió en dos, ¿Qué sabía ella de la memoria? Allí, en ese segundo, ese mismo instante... ¿Quién sabía más de la memoria que él? «Memoria, Sarina, memoria- recitaba mientras le soltaba las manos- no hables de cosas tan tristes». Y se sintió tan destruido, como si tan solo una delgada ligadura interna le sostuviera los pedazos rotos de su cuerpo. La dejó parada frente a la puerta y caminó hasta el fondo de la habitación.

«Mi dolor me precede, está en mi cuerpo, en lo que digo». Se oyó casi como un reclamo, una invitación a detenerse; sin embargo, él siguió: «No hables de ti sin mi». Seguía caminando en círculos, ahora sin poder domesticar al león enjaulado de su corazón « ¿Y que sabes tú de mi?». Ella lloraba dejándose ver llorar, era la respuesta lo único que importaba. «Solía saber que no te irías, Sarina, de ti ya no se nada». Se detuvo de repente.

«Yo jamás me iría, no podrías con mi partida». Dijo ella después de un largo silencio. Él la rondaba, daba vueltas alrededor de ella, viéndole el rostro inundado de lágrimas, las manos temblando, la espalda devorable casi desnuda. «Huye, Sarina, puedo con tu ausencia, pero

no te diré adiós». La ventana se abrió de repente, un viento glacial entró en la habitación destrozando la cadencia de los lenguajes y Sarina se volvió invisible. «Yo no sé huir». Se oyó antes de que se esfume por completo. Él se apresuró a cerrar la ventana, el frío aire tardo en disiparse por completo pero una vez que hubo desaparecido siguió hablando con ella. «Sí sabes, ya huiste antes, por eso no huyes más». Apoyó una mano sobre el costurero mal cerrado y sujetó con la otra su corazón, le vino una punzada en el pecho; ahora hablaba con la poca voz que le quedaba. «Ya sabes cuanto duele».

Ella reapareció como en un espejo cuando él se acercó a la puerta. «Entonces no me invites a huir». Dijo mientras acababa de retornar. El estaba temblando «Quédate, Sarina, no huyas». Ya no podía hablar más, las últimas palabras le habían salido como un suspiro. «Jamás en tus brazos» y, mientras escuchaba sus palabras, la miraba como si recién la reconociera. «Monstruo horrendo» añadió ella. « ¡Aléjate de mi!». Siguio gritando.

Entonces él supo que no podía retenerla más, la miraba como suplicando, como pidiendo un tiempo que sabía no le sería concedido. «¡Olvídame!». Gritó ella y de repente se volvió a azotar la ventana de la habitación rompiendo dos de sus cristales que cayeron cerca de él. «¡Olvídame!». Volvió a gritar mientras empezaba de nuevo a llorar y a sostenerse con una mano la otra. Él se agachó, recogió el más grande de los cristales rotos y jugueteó con el unos segundos mientras perdía su mirada en ella. «Sarina, ¡Vete!». Quedó pasmada. «No, cállate». Decía entre sus sollozos. «Adiós, Sarina». Bajó la mirada. Dejó de jugar con el cristal, se lo pasó a la otra mano y cortó de un tajo la muñeca de su brazo izquierdo. «Adiós, Sarina». Y Sarina se fue desvaneciendo junto con los libros destrozados y el costurero mal cerrado dejando en la habitación un cuerpo agonizante goteando sangre.

«Nunca más». Dijo suavemente antes de desaparecer por completo mientras él miraba por primera vez la habitación vacía y antes de morir se despedía de las voces en su memoria.